

cos de las ventanas y puertas. Hecha esta visita, podemos regresar á la iglesia cruzando el hermoso y vasto jardín, refrescado con surtidores, que sirve de pasadizo desde el palacio del abad al templo.

Entremos ya por fin en esa iglesia cuyos cimientos, segun va dicho, echó el condé Don Ramon Berenguer IV, pero la cual su sucesor Don Alfonso, al encargarse de su prosecucion, amplió y mejoró de manera, que bien pudiera decirse formó nueva planta.

Consta su interior de tres naves y forma una cruz latina de considerables dimensiones, pues su longitud desde la entrada al remate es ciento dos varas y media; su elevacion noventa y dos en la nave central y veinte y siete en las laterales, y su altura veinte y siete, escepto en el crucero donde llega á cuarenta y cinco. Siete pilares por parte, rodeados de agrupadas columnas, dividen la central de las menores, y en el presbiterio es de ver el gracioso conjunto que ofrecen describiendo el ápside.

Esa es la iglesia tan celebrada por los peregrinos y las historias, con sus esbeltas columnas góticas; llena de jaspes negros y alabastros y presidida por el inimitable retablo que se construyó en 1529 hecho todo de mármol de Sarreal; esa la iglesia bajo cuyas bóvedas han doblado la frente y declinado su grandeza ante el Señor del mundo los monarcas todos que han ilustrado el trono de Aragon; esa la iglesia con sus tesoros que por infinitos son inesplicables, con sus innumerables reliquias engastadas en oro, plata y ébano, con embutidos por todo de brillantes esmeraldas, lapizlázulis, agatas, jaspes raros, cornelinas y topacios; esa es en fin la iglesia llena de fastuosas sepulturas donde descansan en paz, esperando la hora en que el mundo retemblará al son de las trompetas del Señor, opulentos y célebres magnates cuyo nombre y cuyos hechos ha inscrito en cada una de sus páginas la historia.

Antes de visitar esas tumbas, antes de penetrar en el panteon de los reyes, deténgase el viajero frente la sacristia, obra grande, con una portada tan magestuosa como espaciosa, fabricada de jaspes los mas esquisitos con remates de escultura riquísimos, que no por pertenecer al género plateresco, dejan de ser de muy buena y entendida ejecucion.

Deténgase, digo, y antes de entrar en el recinto que encierra tesoros inmensos en oro, plata y sedas, examine la portada descrita y repare en ella á un lado la estatua de Don Bartolomé Conill, uno de los mas célebres abades; en medio sobre la puerta la del rey Don Jaime I *el Conquistador*, vestido de cogulla con corona real en la sien y cetro en su diestra; y al otro lado la del venerable Fray Pedro Marginet, el de la curiosa historia.

Ahora bien, si le ha llamado la atencion ver allí junto á un rey y á un abad la imágen de un humilde fraile, y no le pesa suspender momentáneamente su visita para oír la peregrina historia de Fray Pedro, siéntese y escuche.

Siéntese y escuche, que es por cierto rara y curiosa la histórica leyenda que á referirle vamos.

VI.

A TODO PEGADOR, MISERICORDIA!

ALLA, cuando corria el 1600 poco mas ó menos, acertó á llegar á Poblet un pobre soldado, atraído por las maravillas que poseía y la fama de que gozaba el monasterio, queriendo la casualidad que en la misma puerta de éste se hallase con una reunion de piadosos romeros que, en cumplimiento de un voto, acudian á doblar la rodilla al pié de los altares mismos que á cada instante veian inclinarse las soberbias frentes de los reyes.

Solo y sin proteccion el soldado, pidió á los buenos peregrinos que le permitieran unirse á ellos para visitar el interior del edificio por ser probable que ningun monje se tomara la molestia de perder su tiempo para ir enseñando únicamente al soldado las joyas y bellezas de Poblet. Accedieron con gusto los romeros, y todos juntos penetraron en el templo tras los pasos del buen fraile que se ofreció á servirles de *cicerone*, como decimos ahora.

Habian ya visto los esplendores de la mayor parte de las capillas, cuando al llegar á la de las santas reliquias ó de san Salvador, el monje acompañante les mostró un nicho levantado de tierra en la pared inmediata á la epístola. Este nicho tenia á un extremo una ventanilla con una reja de hierro dorado, y acercándose á mirar por ella vieron uno tras de otro una sencilla tumba cubierta de un damasco encarnado.

Preguntaron naturalmente al guía que quién era el personaje que allí descansaba y cuya tumba con tanto respeto se les invitaba á mirar, y entonces el monje les señaló con el dedo un rótulo en latin que se divisaba al rededor de la ventanilla, y que traducido al castellano decia lo siguiente:

Aquí yace el venerable padre Fray Pedro Marginet.

Pasmáronse los romeros al saber la sencilla condicion del difunto, en vista del respeto con que ante su tumba se inclinaban los demás padres, y del lugar distinguido que aquél ocupaba, mayormente cuando tenian conocimiento de la regla de San Benito la que impedia que ningun religioso fuera enterrado en la iglesia.

Interrogaron pues al fraile sobre las causas que á Fray Marginet le habian atraido tanta distincion.

—De muy lejos venis, — díjoles entónces el padre, — cuando á vuestros oidos no ha llegado la fama del santo varon que aquí descansa. Debeis pues de saber que hallándose en Poblet, la señora Doña Guiomar de Portugal muy digna y noble esposa del muy alto y muy poderoso Don Enrique de Aragon, segundo duque de Segorbe llamado el Infante *Fortuna*, deseó ver el cuerpo del venerable Fray Pedro Marginet cuyas relevantes prendas y escelsas virtudes habian llegado á sus oidos. Cumplióse su deseo, y habiéndose percibido por la iglesia, al exhumarse el cuerpo, un suavísimo olor, se empeñó dicha muy escelsa señora en que tan santos huesos fuesen trasladados de tierra al lugar, donde ahora los veis, ofreciendo en seguida un finísimo brocado para cubrir su ataud.

Callóse dicho esto el religioso, y viendo el soldado que no llevaba trazas de proseguir,

— Y dígame vuesa mercé, si no es causarle enojo, — preguntó, — porqué exhalaban tan suave olor esos huesos, padre?

— Porque eran los huesos de un santo, — contestó el fraile.

— Luego era un santo?

— Un santo varon, — se apresuró á añadir el religioso, — que con cristiana fé luchó por largo tiempo con los malignos espíritus que idearon, pero en vano, todos los medios de seducirle y mortificarle. Muchas veces cuando estaba en oracion en la iglesia, veia bajar legiones de demonios por las cuerdas de las campanas; otras veces los diablos se fingian segadores y entraban á visitarle en la granja de la Pena; un dia en fin, hasta el mismo Satanás tornado en jumento penetró en la iglesia....

— En jumento, padre? — preguntó el soldado que parecia creer poco en historias de demonios.

— Fray Marginet, — continuó el religioso sin contestar al soldado, — pasó los últimos años de su vida entregado á las mas severas penitencias. Todo le parecia poco para espiar su gran pecado.

— Ah! con que habia cometido un gran pecado? y que pecado fué, padre...

Tompsono recibió esta vez respuesta el soldado, y el fraile acompañante, pasando á otro objeto, continuó mostrando las demás tumbas á los romeros.

Aquella misma tarde, despues de haber hecho honor á la abundante comida que en la hospedería les fué servida, decia el mismo soldado á los peregrinos sus compañeros en la visita al monasterio:

— De las mientes no se me aparta, señores míos, lo de Fray Marginet. Holgárame por cierto saber la historia de su gran pecado, que muy grande debió de ser cuando apenas pudo espiarlo en tantos años de penitencia.

— Si no es mas que eso, seor soldado, — díjole entonces un romero, — en disposicion me hallo yo de complaceros, pues antes de comer me ha sido contada por un lego la historia verdadera del santo penitente.

— Con gusto la oyera yo de boca de vuesa mercé, si se dignara repetírmela.

— Que me place. Oiga pues el señor soldado.

— Atento me tiene vuesa mercé.

Y el peregrino empezó así:

«— En el año de 1409 cuando era abad de Poblet Don Jaime Carbó, vivia en este monasterio un monje alto, moreno, de buenas maneras y de mejores facciones, y que habia apenas visto veinte y siete veces la primavera suceder al invierno y el invierno reemplazar al otoño. Su crédito y fama de perfecto monje le valieron el cargo de bolsero, con cuya ocupacion disfrutaba de mayor independenciam que sus hermanos, pues estaba facultado para transitar por donde mejor le pareciese so capa de proveer, cobrar ó satisfacer.

«Un dia sucedió que, pasando por la calle principal de una poblacion no muy lejana de su convento, levantó por casualidad la cabeza — pues que andaba siempre con los ojos bajos — y vió detrás de una celosia dos rasgados ojos negros que relucian como dos carbunclos y que le miraban de una manera estraña.

«— Sintió el buen padre latir su corazon bajo el fuego de esta mirada; apretó el paso para alejarse, y por la noche su asiento quedó desocupado en el refectorio; ayunó por espíritu de contricion.

«Ocho dias mas tarde acertó á ir á la misma poblacion y al pasar por la misma calle, los dos rasgados ojos negros brillaban aun detrás de la celosía y una manecita blanca que se deslizó fuera de la ventana pareció dirigirle un amistoso saludó.

«Lo propio que la vez primera, sintió el fraile latir violentamente su corazon, y lo propio que la vez primera apretó el paso para alejarse. Despues, de regreso ya en su convento, su sitio permaneció tambien desocupado en el refectorio, y toda la noche la pasó rezando.

«Otros quince dias transcurrieron durante los cuales no cesó de ayunar y de rezar, durante los cuales asimismo no cesó de ver aquellos dos grandes ojos negros cuya llama habia encendido un volcan en su corazon y aquella blanca mano que le habia saludado.

«Por tercera vez volvió á la poblacion y pasó por la calle. Este dia la celosía se abrió de par en par dejándole ver la mas adorable muger cuya tez haya jamás dorado el sol de España; la mano volvió á deslizarse fuera de la ventana saludándole, y la muger inclinando su cuerpo sobre el antepecho con la mas graciosa coquetería del mundo, pronunció estas palabras que llegaron como un eco dulcísimo á los oidos de Fray Marginet.

«Padre, desearia hablaros para un caso urgente.

«Una nube pasó por delante de los ojos del buen fraile; creyó un momento que iba á caer; en seguida quiso huir, pero apenas podian sus piernas sostener su cuerpo trémulo de emocion. Una puerta se abrió en aquel mismo instante. Sin saber lo que se hacia, cediendo Fray Marginet á su delirio, se precipitó por ella.»

«—Ahora bien, á que no adivináis, seor soldado, quien era aquella seductora muger? —preguntó de pronto el peregrino á su absorto oyente.

—Nó en mis dias, —contestó el soldado ingenuamente.

—Pues bien, era el demonio.

—El demonio?

—El mismísimo Satan que habia tomado la forma de una muger encantadora para hacer prevaricar al religioso.

—La santa Virgen de los Ángeles me valga! —contestó el soldado que, como sabemos, no era su fuerte la creencia en los demonios. —Pues mire vuesa mercé, señor peregrino, así Dios me ayude como demonios de esos se encuentra uno á cada paso todos los dias.

Sonrióse el peregrino y continuó:

«—Fray Marginet entró en la casa y no encontró ninguna muger,

pero en cambio se halló de manos á boca con otro fraile que estaba sentado á una mesa donde resplandecian los mas sabrosos manjares y los vinos mas esquisitos. Aturdido se quedó el buen padre con aquel encuentro, mayormente cuando en el fraile conoció á un su amigo religioso del convento de franciscanos de Montblanch. Llamábase fray Anselmo Turmeda, varon de reconocido saber y de una elocuencia y verbosidad sin límites, cuyos famosos y ejemplares sermones habia Fray Marginet tenido ocasion de oir cien veces.

«Fray Anselmo invitó á su huésped á sentarse y entoces empezó entre los dos religiosos una conversacion la mas sacrilega y mundana (1).

«—Ya vés, — le decia entre otras cosas Fray Anselmo, despues de haber apurado un buen vaso de vino, — ponderan la infalibilidad del papa y ahora tenemos tres á un tiempo. Será que la Iglesia tenga tres cabezas?

«Y prorrumpiendo en carcajadas añadía luego:

«—Desengáñate; tanto el papa como los obispos son hombres lo mismo que los demás, y unos y otros se acuerdan de lo que dice san Pablo á Timoteo: *unius uxoris virum*.

«—Razon tienes en verdad, —contestaba Marginet acompañándole en sus carcajadas, — pero lo que debemos hacer es imitarles, pues que la Iglesia manda que imitemos á los apóstoles.

«—Qué eran tambien casados, — replicaba el franciscano.

«—Cierto, y pues tenemos valor para ello, de que serias capaz, fray Turmeda?

«—De qué? —contestó Turmeda entusiasmado. — De colgar los hábitos de un árbol é irnos á gozar por el mundo.

«—Gracias á Dios que nos entendemos! dijo Marginet.»

—Ya veis, señor soldado, como todo aquello era obra del demonio, — continuó el peregrino. —El maligno espíritu era quien allí habia arrastrado, tomando la forma de muger, primero á Fray Anselmo y despues á Fray Marginet; el maligno espíritu era quien les inspiraba aquella conversacion sacrilega.

El soldado se contentó con encojerse de hombros sin decir nada.

—No he visto nunca gente mas incrédula que los hombres de armas! — murmuró el buen romero ante el significativo gesto de se oyente.

Y prosiguió:

(1) El pequeño diálogo que sigue está sacado de la curiosa historia de Poblet publicada por el aplicado jóven don Antonio de Bofarull, á cuya erudicion hemos recurrido algunas veces en este escrito, y concuerda perfectamente con lo que dicen las crónicas del tiempo al referir la vida de Fray Marginet.

«Al día siguiente se encontraron colgados de un árbol dos hábitos religiosos, uno de cisterciense y otro de franciscano, y aun se añade que en una casa de campo vecina había comprado un pobletano una ballesta con sus correspondientes viras y un puñal, que guardaba allí el colon desde las guerras de Pedro IV.

«No bien se habían hallado á faltar los dos religiosos en sus respectivos conventos, cuando empezaron á contarse y ponderarse hazañas de dos famosos bandoleros que recorrían los montes, usando traje de caballero, pero con la particularidad de que uno y otro llevaban la cabeza afeitada á manera de corona y tenían el vicio de llevar la mano derecha siempre sobre el pecho.

«Decíase que derramaban dinero en abundancia y que con él se hacían servir ricamente en los mesones, seducían á las más bellas muchachas de los pueblos y no respondían á las autoridades municipales ó reales que les reprendían, sino con el puñal ó la ballesta.

«En vano el abad de Poblet hacía recorrer sus bosques y las montañas vecinas por sus monteros; en vano los jurados de Vallclara y el Veguer de Lérida habían intentado pesquisas para dar con los malévolos; su astucia les evadió siempre de la justicia y sus maldades fueron creciendo en tanto grado, que casi llegaron á no alarmar á nadie por tan comunes, hasta que con el tiempo y sin saberse porqué vinieron á olvidarse en el país tales crímenes y autores.

«Llegó en esto el año de 1443; había entrado después de la muerte de Carbó, á regir la abadía de Poblet Don Juan Martínez de Megucho. Aun quedaban en Cataluña restos de los cinco bandos que se disputaron la corona de Aragón en Caspe, pero todo se encaminaba sin embargo hácia la paz con la proclamación de Fernando de Antequera por rey de Aragón; y cada establecimiento volvía á su antiguo orden y disciplina, especialmente Poblet que no sufrió percance ni variación alguna, ni aun durante el cisma de los tres papas.

«Una tarde, la de la víspera de Nuestra Señora por más señas, unos vasallos del monasterio corrían por la vega armados de palos persiguiendo á un hombre barbudo y de siniestras facciones, que espada en mano cruzaba veloz el valle huyendo la cólera de sus perseguidores. Se le había visto vagar por los alrededores del monasterio; se le había reconocido como uno de los dos bandoleros que durante largo tiempo habían assolado aquella comarca, y unidos algunos habitantes del país le daban caza como á una fiera.